

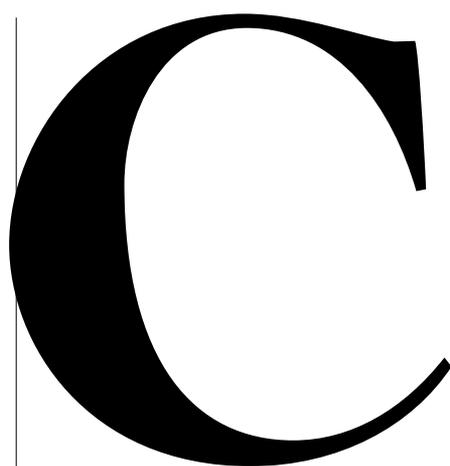


1955-2011

EL STEVE JOBS QUE NADIE CONOCIÓ

EL 5 DE OCTUBRE FALLECIÓ EL HOMBRE QUE HA CAMBIADO PARA SIEMPRE NUESTRAS VIDAS. ESTE RETRATO QUE VAS A LEER CONTIENE INFORMACIÓN QUE NADIE SABÍA HASTA AHORA. ESTÁ ESCRITO POR ALGUIEN QUE TRABAJÓ CON JOBS Y LE ENTREVISTÓ VARIAS VECES. UNA IMAGEN NUNCA DESVELADA DE CREADOR DE APPLE.

POR *Jeff Goodell*



UANDO CONOCÍ A STEVE JOBS PENSÉ QUE ERA UN PERDEDOR. Estábamos en 1980 y yo era un chaval de Silicon Valley (California) que no sabía nada de ordenadores. Había conseguido un trabajo en una pequeña empresa informática cercana a mi casa llamada Apple porque mi madre trabajaba allí. Tenía su sede en lo que parecía un consulta de dentista abandonada en Cupertino (también en California), a una o dos manzanas de las oficinas actuales de Apple. Jobs tenía 25 años entonces. Lo que recuerdo de él es cómo entraba vociferando en la oficina, y que llevaba vaqueros andrajosos. Todo el mundo parecía tenerle miedo.

Conocía a los de su especie: ignorantes, tempestuosos, tipos egoístas. Por aquel entonces yo no tenía ni idea de lo que significarían los ordenadores ni tampoco que ese tipo se convertiría en uno de los grandes visionarios de nuestro tiempo. Para mí, sólo era un hippy perdido, y no me interesó mucho. Tras menos de un año en Apple, me marché para hacer cosas más emocionantes, como ser *croupier* de *blackjack* en el Lago Tahoe (California).

No tardé mucho en comprender lo que había dejado atrás. Jobs no sólo convirtió esa pequeña oficina en la compañía más valorada del mundo, tasada en unos 342.000 millones de dólares [unos 254.000 millones de euros], sino que reescribió las reglas del negocio, combinando el idealismo de los sesenta con el capitalismo tipo la-avaricia-es-buena. En una época en la que el *software* era el modelo a seguir, él construyó *hardware*. En una época en la que todo el mundo se centraba en lo macro, él se centró en lo micro. Nunca hizo nada el primero, pero lo hizo mejor. Más que nadie en el mundo, es responsable por haber fundido la esfera humana con la digital, por darnos la habilidad para codificar nuestros deseos más profundos y nuestros pensamientos más íntimos con el toque de un dedo.

Pero, Dios, podía ser todo un gilipollas. Aquellos que mejor conocían a Jobs y que han trabajado con él de manera cercana -y he hablado con cientos de ellos a lo largo de los años- quedaban impresionados por su personalidad abrasiva, su brutalidad sin remordimientos. Gritaba, lloraba, pateaba. Tenía una cruel facilidad para llevar a sus empleados al borde de un ataque de nervios y luego cargárselos; muy pocos quisieron trabajar con él dos veces. Cuando tuvo una hija con Chrissann Brennan a los 23 años, no sólo negó su paternidad: además puso por los suelos en público a la madre, declarando a *Time* en 1983 que “el 28 % de los hombres americanos” podrían ser el padre del bebé. Su lado más amable sólo emergería años después, tras haberse llevado unas cuantas patadas, derrotado, humillado por la vida. Creció pobre, un niño adoptado que no conocía a sus padres biológicos, viéndose como un alfeñique del que se mofaban, fuera de lugar, y continuó sintiéndose inseguro durante la mayor parte de su vida, convencido de que no iba a durar mucho.

En 2005, poco después de serle diagnosticado el cáncer que finalmente le mataría, Jobs dio un ahora famoso discurso en la Universidad de Stanford en el que definía a la muerte como “seguramente el

mejor invento de la vida”, algo que “arrambla con lo viejo y deja sitio para lo nuevo”. Tal vez no fuera tan inesperado que Jobs, el arquetipo del inventor moderno, concibiera la muerte en tales términos. Pero si la muerte es el mejor invento de la vida, el mejor invento de Steve Jobs no fue el iPod, el iPhone o el iPad. Fue Steve Jobs. Antes de alterar el paisaje del mundo tal y como se lo encontró, tuvo que diseñar y montar al Jobs que el mundo llegó a idolatrar. “Steve era una persona superficial y narcisista que se desarrolló emocionalmente con el paso del tiempo”, dice John Perry Barlow, pionero digital y antiguo letrista de Grateful Dead que conoció a Jobs hace décadas. “Creó cantidad de gran *hardware*, pero a lo largo de los años también se inventó a sí mismo”.

JOBS NACIÓ EN LA INSEGURIDAD. SU madre, Joanne Schieble, era una estudiante graduada de la universidad de Wisconsin, donde tuvo una breve relación con un matemático sirio llamado Abdulfattah John Jandali, que llegó a EE UU con visado de estudiante. Cuando Schieble supo que estaba embarazada, su padre se negó a que se casara con un sirio. “Sin decirme nada, Joanne se fue a San Francisco a tener el bebé sin que nadie lo supiera, ni siquiera yo”, Jandali contó años más tarde a un reportero: “No quiso avergonzar a la familia y pensó que era lo mejor para todos”.

Steven Paul Jobs nació el 24 de febrero de 1955. Schieble dio a su bebé a Paul y Clara Jobs, una pareja de clase trabajadora del sur de San Francisco. Paul, que había crecido en una granja de Wisconsin y no había acabado el instituto, se ganaba la vida como recaudador de deudas y maquinista. Clara trabajaba como administrativa en una de las primeras compañías de alta tecnología de Silicon Valley. No era lo que Schieble hubiera querido para su hijo, pero puso una condición antes de dejarlo. Siendo la

primera en ir a la universidad, Schieble creía en el valor de la educación e hizo firmar a Clara y Paul un acuerdo legal por el que se comprometían a mandar a su hijo a la universidad.

Desde el principio, Jobs fue un niño temperamental. Clavó unas horquillas en una toma eléctrica y se quemó la mano. Tuvieron que hacerle un lavado de estómago después de beber insecticida para hormigas. Como se levantaba temprano, sus padres le compraron un caballo de madera, un gramófono y algunos discos de Little Richard para entretenerle. “Era un niño tan difícil”, su madre adoptiva confesaría más tarde a la biológica, “que cuando cumplió dos años pensé que nos habíamos equivocado y lo quería devolver”. Como muchos otros padres de esa época, Paul y Clara pronto colocaron a su hijo frente a una tecnología relativamente nueva llamada televisión. Lo devoraba todo, desde *Te quiero*, *Lucy* a *Las aventuras de Johnny Quest*.

Cuando Jobs tenía tres años, Paul trasladó a su familia de San Francisco a Mountain View, una ciudad nada sofisticada de casas adosadas y plantaciones de albaricoques al sur de Palo Alto. Resultó ser una jugada afortunada, que puso a Steve en el centro de una cultura de la ingeniería que empezaba a florecer en Silicon Valley. No es que la familia Jobs tuviera mucha conexión con ello. Paul intentó reparar coches viejos y meterse en temas inmobiliarios, pero el dinero parecía esquivarle siempre; la familia vivía en una casa con muebles alquilados. En cuarto, la profesora de Steve, Imogene Hill, preguntó a la clase: “¿Qué es lo que no entendéis de este universo?”. La

respuesta de Steve fue desgarradora: “No entiendo porqué de repente somos tan pobres”.

No era buen estudiante: era demasiado bocazas y atendía poco. Pero Hill le salvó de la delincuencia. “Ella fue una de las santas de mi vida”, recordaría más tarde: “Me sobornaba para que estudiara”. Hill le daba cinco dólares [poco más de 3,5 euros] de su propio bolsillo para que hiciera los deberes y leyera

Quienes trabajaron con él quedaban impresionados por su brutalidad sin remordimientos. Gritaba, lloraba, pateaba... Muy pocos quisieron trabajar con él dos veces



RECORDANDO EL PASADO. Jobs, en una presentación de Apple, ante una foto suya con Steve Wozniak, cofundador de la compañía (con gafas), con el primer ordenador que hicieron en 1976.

ra. Espoleado por su confianza en él, se saltó quinto de primaria y se cambió a la Crittenden Middle School, un lugar duro para un chaval delgado y pequeño. Los otros niños se burlaban de él por su adopción: “¿Qué pasó? ¿Tu madre no te quería?”.

Cuando Jobs tenía 14 años, un vecino le presentó a un chico mayor llamado Steve Wozniak, que estaba construyendo una pequeña placa computadora. “Como es normal, me costaba mucho explicar a la gente lo que estaba haciendo”, recordaría Wozniak: “Pero Steve lo entendió a la primera. Y me cayó bien. Era delgado y enjuto, lleno de energía”.

Wozniak, que tenía 19 años, era un *freak* total: un tipo grande, un inadaptado social obsesionado con la electrónica, una especie de genio que sabía ver cómo se conectaban los cables y cómo hacer bailar a las máquinas. Jobs nunca fue tan sofisticado técnicamente, pero quedó fascinado. Él y Woz se dedicaban a hacer el tonto y a bromear, como todos los adolescentes. Pronto se dedicaron al *phone phreaking*, una de las tempranas formas de *hackeo*. Tras leer un artículo en *Esquire*, Wozniak y Jobs averiguaron cómo construir pequeñas cajas azules que emulaban los tonos de los operadores telefónicos, permitiéndoles hacer llamadas de larga distancia. Cuenta la leyenda que Wozniak usó la caja azul para llamar al Vaticano: poniendo acento alemán, se identificó como Henry Kissinger y pidió hablar con el Papa.

En 1972, a los 17 años, Jobs conoció a una chica bohemia de ojos grises llamada Chrissan Brennan, que iba a un curso menos en su instituto. Pronto se embarcaron en un turbulento romance adolescente, tomando LSD y hablando sobre *El grito primal*, el reciente libro de Arthur Janov [que preconiza una

terapia basada en revivir traumas de la niñez y que John Lennon también usó para superar el abandono de su madre]. Para Jobs, tomar ácido no sólo era un medio para vivir la vida más intensamente, era una manera de superar el dolor de haber sido abandonado por sus padres. “Steve me explicó cómo el LSD y la terapia primal liberaban el trauma almacenado en la médula”, recuerda Chrissan en unas memorias aún sin publicar. Desde el principio, Brennan vio que iba a llegar lejos: “En nuestra primera o segunda cita me dijo que algún día iba a ser millonario, y yo le creí”, cuenta Brennan: “Steve veía el futuro”.

A diferencia de Wozniak, que estaba contento quedándose dentro de los límites de su vida *freak*, Jobs era un buscador. Veía películas de arte y ensayo y escribía poesía. Perseguía a las chicas y tenía mucho sexo. Probó con la terapia primal. Experimentó con la privación de sueño, el ayuno y las drogas. El verano tras acabar el instituto, Steve y Chrissan dejaron sus casas y se mudaron a una cabaña en las montañas sobre Cupertino, en la que Jobs tomaba drogas y tecleaba en una máquina por las noches, reescribiendo las letras de Bob Dylan con sus propias palabras.

En 1973, dejó a Chrissan para entrar en el Reed College, una universidad privada de Oregón conocida por albergar espíritus libres y por su ambiente hippy. Pero al final del primer semestre ya lo había dejado. “Tras seis meses, no veía qué valor tenía aquello”, recordaría. “No tenía ni idea de qué quería hacer con mi vida, ni tampoco cómo la universidad me podía ayudar a saberlo. Y ahí estaba gastando todo el dinero que mis padres habían ahorrado toda su vida. Así que decidí dejarlo y confiar en que todo iba a salir bien”, señaló.

Aún estuvo en Reed otros seis meses, yendo como oyente a una clase de caligrafía. No era el tipo de asignatura que estudiaría un empresario en ciernes, pero Jobs buscaba sabiduría, no avanzar en su carrera. “No tenía habitación en la residencia, así que dormía en el suelo de la habitación de algún amigo”, recordaría años después: “Recogía latas de Coca-Cola para retornarlas en las tiendas y comprar comida con ese dinero. También caminaba 11 kilómetros los domingos hasta el templo de los Hare Krishna para conseguir una buena comida a la semana. Me encantaba”.

Jobs se veía como parte del final del idealismo de los sesenta. “Queríamos experimentar más intensamente por qué estábamos vivos, no sólo conseguir una vida mejor”, dijo de su generación: “Buscábamos algo más profundo”.

Parecía que en esa época los jóvenes buscadores acababan en el mismo lugar: India. En el Reed College, Jobs conoció las enseñanzas de Neem Karolie Baba, un gurú indio. Jobs se embarcó en un peregrinaje a la India para conocer a Baba, pero el gurú murió poco antes de que llegara. En el viaje, Jobs se afeitó la cabeza, atravesó caminando el Himalaya y pasó un mes viviendo en el cobertizo de cemento de una granja de patatas. Durante sus andanzas, superado por la pobreza y el sufrimiento que encontró, llegó a una conclusión que sería central en su reinención, un cambio sutil pero significativo desde lo espiritual a lo práctico: “Fue una de las primeras veces que pensé que quizá [el inventor] Thomas Edison hizo mucho más para mejorar el mundo que Karl Marx y Neem Karolie Baba juntos”.

EN APPLE, FUNDADA EN 1976, CUANDO Jobs tenía 21 años, la división del trabajo estaba clara: Wozniak era el cerebro técnico, Jobs el consejor. Jobs apretaba a Woz para que acabara sus proyectos y conseguía las piezas necesarias a precios muy bajos (más tarde diría que aprendió a negociar viendo a su padre regatear por piezas de coches en los desguaces). Desde el comienzo, fue Jobs quien tuvo la imaginación para ver que había un negocio en los ordenadores personales.

Para Jobs, el modelo de una *start-up* [una empresa nueva] exitosa era Atari, la compañía de videojuegos en la que había trabajado cuando ahorra para su viaje a la India. Pero Jobs fundió la filosofía empresarial de hacerse rico rápidamente con una búsqueda de la iluminación propia de los sesenta. Larry Brilliant, que le conoció en la India y luego fundaría una serie de iniciativas filantrópicas en Silicon Valley, recuerda que le preguntó por qué un tipo idealista como él abría una empresa a la búsqueda de beneficios. “¿Recuerdas que en los sesenta la gente levantaba sus puños y gritaba ‘Poder para el pueblo?’”, le dijo Jobs. “Es lo que estoy haciendo con Apple. Al construir ordenadores al alcance de cualquiera le estoy dando poder a la gente. Pueden acceder a la información ellos mismos. Y eso va a provocar más cambios que cualquier ONG”.

Está abierto a debate si Jobs se creía de verdad su elevada retórica, o cuánto había en ella de inteligente maniobra de *marketing*. De cualquier manera, su fusión de idealismo y tecnología era perfecta para los tiempos: Apple despegó. Cuando Jobs tenía 24 años, la empresa estaba valorada en 10 millones de dólares [7.300.000 euros]; un año después, valía 100 millones [73.000.000 de euros].

Pero según ascendía Apple, Jobs cambió. Sus amigos dicen que tenía menos paciencia y que empezó a tratar mal a quienes tenía alrededor. Había reiniciado su relación con Brennan y ambos compartían una casa a unas manzanas de Apple. Luego, cuando Apple estaba despegando en 1977, Brennan se quedó embarazada, y Jobs respondió apartándola de su vida. “No me hablaba”, recuerda Brennan: “Sólo hablaba con su abogado”. Jobs se negó a darle apoyo económico, pese a que también se opuso violentamente a que diera a la niña en adopción e hizo que sus amigos la presionaran para que no abortara. Tras el nacimiento de su hija, Lisa, Jobs fue un padre distante y la veía pocas veces. Brennan acabó alquilando un apartamento por 225 dólares [165 euros] al mes y viviendo de la asistencia social. Jobs siguió negando su paternidad hasta que fue confirmada con una prueba de ADN.

En Apple, Jobs mostró una rebeldía que lindaba con la autodestrucción. Hacia comienzos de los ochenta, la compañía había crecido tanto que Jobs no podía controlar todos y cada uno de sus aspectos, y el popular Apple II había dado de sí todo lo que podía. Tras ver un prototipo de ratón y de iconos de escritorio en una visita a Xerox Parc, un centro de investigación en Palo Alto, Jobs quedó convencido que todos los ordenadores funcionarían algún día según ese modelo. Pero no consiguió que el equipo gerente de Apple lo entendiera, así que secuestró a un equipo que trabajaba en otro proyecto, tomó las mejores ideas de Xerox y otras

empresas y añadió algunas propias. El resultado fue que había un equipo rebelde en Apple, escondido en un edificio fuera del campus principal, que tenía la tarea de crear el primer Macintosh.

Un obseso del control, aprendió las más creativas maneras de humillar a su equipo en su búsqueda de la perfección y la originalidad en cada detalle. “Trabajabas en algo durante toda la noche y cuando llegaba por la mañana lo miraba y decía: ‘Eso es una mierda’”, recuerda Steve Capps, programador: “Quería que

Quedó profundamente herido por su expulsión de Apple. El trauma central de su vida, después de todo, era haber sido dado en adopción por sus padres, y ahora le echaban de su segunda familia, la compañía que había fundado. Un amigo íntimo de Jobs una vez me comentó que creía que el impulso de Steve venía de un profundo deseo de hacerles ver a sus padres que se equivocaron al abandonarle. El deseo de probar que era alguien merecedor de ser amado.



DANKE, GRACIAS, MERCI... A la muerte de Steve Jobs, se sucedieron los homenajes por todo el mundo (el real y el virtual). En la foto, un tributo a la puerta de la Apple Store de Frankfurt (Alemania).

defendieras tu trabajo. Si podías, estabas haciendo bien tu trabajo, si no, a tomar viento”.

El lanzamiento del nuevo ordenador, con el icónico anuncio de 1984 que posicionaba de manera brillante al Mac como un instrumento de liberación de la malvada tiranía de IBM, mostró al mundo al Jobs *showman*. La máquina fue un éxito, vendiendo millones de unidades y transformando la industria informática, pero cada vez Jobs tenía más problemas para controlar la compañía que había creado. Sus instintos eran los de un adolescente, pero descubrió rápido que no puedes gestionar una compañía que está en el índice Fortune de las 500 más poderosas del mundo como si fuera un grupo primerizo que ensaya en un garaje. Jobs fichó a John Sculley, el director ejecutivo de Pepsi, pero se reveló incapaz de compartir el poder con un ejecutivo de mayor experiencia. Los dos chocaban continuamente. Forzados a elegir entre el exaltado rebelde y el adulto imparcial, el consejo de Apple echó a Jobs. “A los 30 estaba fuera”, recordaría después, “y de manera muy pública. El centro de toda mi vida adulta desapareció, y eso fue devastador”.

Fuera cual fuera su impacto psicológico, estaba claro que Jobs no sabía qué hacer. Era joven, guapo, famoso, rico... y estaba perdido. Se tomó un tiempo para viajar por Italia y dio conferencias sobre ordenadores personales en la Unión Soviética. También conoció a su madre biológica y descubrió que tenía una hermana, la escritora Mona Simpson. La revelación de que tenía una hermana con talento artístico le produjo un gran placer, y se hicieron amigos rápidamente. A su favor, hay que decir que también usó ese tiempo para conectar con Lisa, su hija.

Un año después, trazó un plan para volver. Decidió que iba a crear “la empresa perfecta”, desde el estiloso logo a una vanguardista fábrica que iba a producir superordenadores con una velocidad y una elegancia nunca vistas. Incluso el nombre de la compañía olía a orgullo desmesurado: NeXT. Su éxito sería una venganza contra los imbéciles de Apple que le habían echado. Se iban a enterar.

En NeXT Jobs triunfó produciendo un objeto extraordinariamente distintivo... pero demasiado caro para el mercado. Los que compraron un NeXT aún se deshacen en elogios sobre ellos,

describiéndolos como las máquinas más bonitas jamás construidas, pero en el mundo real nadie quería pagar 10.000 dólares [7.300 euros] por una máquina bonita.

En la primavera de 1994 fui a NeXT a entrevistar a Jobs para Rolling Stone. Las oficinas, como el resto de la empresa, eran un muestrario de perfección, con una escalera de cristal diseñada por el célebre arquitecto I. M. Pei. Era un día soleado, pero daba miedo, porque el edificio estaba desierto. Jobs tenía 39 años y había engordado. Era la primera vez que le veía con barba. Recordaba a *Ciudadano Kane*: el antaño gran hombre sólo en su castillo.

Aún mostraba amargura por lo que había pasado en Apple, y más aún hacia su némesis Bill Gates, que entonces era básicamente el rey de mundo gracias a Windows, el sistema operativo que Microsoft había creado basándose en el Macintosh. Cuando le pregunté cómo se sentía por el hecho de que Gates dominara la industria tras copiar el enfoque pionero de Jobs, saltó: "El objetivo no es ser el hombre más rico del cementerio. No es mi objetivo, al menos". ¿Y cuál es?, le pregunté. "En un contexto general, el objetivo es buscar la iluminación, cualquiera que sea la manera en que la definas", añadió.

HUBO DOS COSAS QUE AYUDARON a que cambiara la vida de Jobs. Una fue conocer a Laurene Powell, una chica de Nueva Jersey alta y rubia con un máster en administración de empresas que fue a escuchar una conferencia suya en Stanford poco después de que le echaran de Apple. Se casaron en 1991 con una pequeña ceremonia budista en el parque nacional de Yosemite y tuvieron tres hijos. Los amigos rápidamente se dieron cuenta de que Jobs había madurado al convertirse en padre de familia. "Le vi salir de un restaurante con un bebé en los brazos", dice John Perry Barlow, su amigo letrista de Grateful Dead. "Era un hombre cambiado. Había cierta dulzura en él".

La otra cosa fue una pequeña empresa llamada Pixar. En 1986, la productora fundada por George Lucas buscaba inversores para una nueva tecnología de imágenes en 3D. Jobs, cautivado por la tecnología, compró la división por apenas cinco millones de dólares [3.600.000 euros]. Convirtiéndose en su director ejecutivo, hizo de esa división gráfica un estudio de animación, firmó un acuerdo con Disney para la distribución y le dio a un genio de la animación en ciernes llamado John Lasseter y a su equipo la cantidad de dinero y la licencia creativa que nunca le había concedido a sus empleados de Apple. El resultado, tras nueve años de pérdidas, fue *Toy Story*. En 1995, una semana después del estreno de la película, Pixar salió a bolsa y Jobs se vio sobre un montón de acciones que valían 1.100

millones de dólares [800 millones de euros]. De repente, Jobs volvía a parecer un genio.

Apple, mientras tanto, luchaba por sobrevivir. El consejo había colocado a una sucesión de despistados directores que habían hecho un buen trabajo llevando a una empresa antaño grande a la irrelevancia.

Así que Jobs planeó su retorno. Como muchos de sus logros más importantes, fue rápido y brutal. Convenció al director Gil Amelio y al consejo para que compraran NeXTSTEP por 400 millones de dólares [293 de euros] y lo usaran como base del futuro sistema operativo de Apple, que acabaría siendo el OS X. Luego fue nombrado "consejero informal" de la empresa. Al poco tiempo, Amelio desapareció y Jobs estaba al cargo otra vez.

Para Jobs, fue una apuesta fuerte. Apple estaba ya muy perdida en ese momento y no era seguro que pudiera revivirla. Su estrategia fue simple. Primero, acabó con la desastrosa decisión de dejar que otros ordenadores clonaran el sistema operativo de Macintosh. Luego, fue humildemente hasta Bill Gates y consiguió un acuerdo para que el *software* de Microsoft funcionara en los Mac. Finalmente, contrató a un talentoso diseñador llamado Jonathan Ive y le dio libertad total para crear ordenadores fabulosos. Su primer ordenador, el iMac, era una máquina simple, distintiva y fácil de usar, que tenía el espíritu juguete del viejo Macintosh. Fue un éxito inmediato.

Jobs vio claro que el futuro de Apple estaba en algo más que los PCs, se trataba de construir *hardware* y *software* atractivo que permitiera el acceso a todo tipo de contenidos, incluyendo música y películas. El iPod, lanzado en 2001, fue su primer movimiento en esa dirección. Fui a ver a Jobs en noviembre de 2003, cuando iTunes salió para Windows. Me lo encontré en el recibidor -llevaba pantalones cortos y unas sandalias Birkenstock, parecía muy relajado- y cogimos el ascensor hasta su despacho en la cuarta planta. Era el despacho menos glamuroso que te puedas imaginar: sin paneles de madera ni vistas espectaculares, sin licorera de whisky, juguetes tontos ni lámparas de lava. En la sala de reuniones, comenzó a hablar, sobre todo de su incursión en la música.

iTunes, tal y como Jobs lo veía, era una forma de evitar que programas como Napster permitie-

ran a los usuarios robar música: la tienda de música más grande del mundo, con todas sus canciones disponibles al instante. Jobs había retorcido el brazo a las discográficas para que subieran a bordo, pero no estaba claro si iTunes iba a vender canciones sueltas u ofrecería acceso ilimitado a sus suscriptores. "Creo que podrías ofrecer la Segunda Venida de Cristo mediante un modelo de suscripción", reflexionaba Jobs, "y tal vez no tendrías éxito".

Pero los aspectos de negocio de Apple no eran tan interesantes como sus reflexiones personales. Le pregunté sobre Bob Dylan, lo que su música significaba para él. "Era un pensador muy clarividente, y un poeta", dijo Jobs: "Escribía sobre lo que veía y pensaba. Su obra temprana es muy precisa. Según maduró, había que preocuparse por desenmarañar su música, pero una vez que lo hacías, estaba clarísimo". Habló sobre piratear discos de Dylan en sus primeros años con Wozniak. Me dio la sensación de que se estaba abriendo un poco, así que le apreté preguntándole si alguna vez había tenido dudas sobre la tecnología, si pensaba que estábamos llevándola demasiado lejos: genética, clonación, todo eso.

Me miró y puso los ojos en blanco. "Bueno... La verdad es que preferiría hablar de música. Estas preguntas generales son zzzzzzzzz", dijo, roncando con fuerza: "Creo que todos somos más felices cuando tenemos un poco de música en nuestras vidas".

Hizo un gesto hacia mi grabadora. "Apágala", ordenó: "¿Podemos simplemente hablar?".

"Claro", le respondí, apagando el aparato.

"Me siento muy incómodo hablando sobre esto. No es mi rollo".

"No te gusta pensar en el pasado, ¿no?", le pregunté.

"No tengo nada contra el pasado. Pero me quiero concentrar en el futuro".

No sé cómo, pero llegamos al tema de Bill Gates, y le pregunté si creía que era alguien avaricioso. "Me cae bien Bill, pero a veces me pregunto: 'Bill, ¿por qué tienes que quedarte con un dólar de cada dólar que pasa por tus manos? ¿Por qué tienes que tenerlo todo? ¿No puedes quedarte con 99 centavos y dejar uno para otra gente?'".

Parecía inusualmente relajado, sin prisa por acabar la entrevista. Me acordé de una pregunta que siempre la había querido hacer.

"En los 60 se gritaba: 'Poder para el pueblo'. Eso es lo que hago con Apple. Al construir ordenadores al alcance de cualquiera, le doy poder a la gente"

-Steve Jobs, en los 70

1984

EL LEGADO TECNOLÓGICO DE STEVE JOBS

MÁQUINAS QUE CAMBIARON EL MUNDO



MACINTOSH El primer ordenador personal realmente popular (vendió un millón de unidades) y el primero en permitir el diseño y la maquetación desde casa. Se presentó con 1984, un anuncio dirigido por Ridley Scott que hoy es historia de la publicidad.

1998

IMAC Primer producto "i" (de internet) de Apple. El diseño traslúcido, rompedor e imitadísimo, convirtió al iMac en un objeto de deseo. Además, era fácil de usar y, al incluir puertos USB, permitía la compatibilidad con periféricos de PC.



LUNÁTICO POETA 'BEAT'

CHRISANN BRENNAN, SU PRIMERA NOVIA SERIA Y MADRE DE SU HIJA MAYOR, DESCRIBE AL INTRÉPIDO STEVE ADOLESCENTE

Steve y yo nos enamoramos poco después de conocernos. Llevábamos saliendo tres meses cuando nos fuimos a vivir juntos en el verano de 1972. Encontré una habitación en una cabaña, pero cuando llamé al tío que la alquilaba me dijo que lo sentía, pero que una pareja no iba a caer. Cuando se lo dije a Steve, llamó él y consiguió alquilarla. Esto me hizo ver algo extraordinario en él: era un tipo que hacía que las cosas funcionaran. Y por la manera en la que se había hecho cargo de la situación, sabía que él también lo sabía.

La cabaña de Cupertino [ciudad que luego albergaría la sede de Apple] olía a humedad pero estaba arreglada y tenía encanto, además de ser muy diferente a la embotante monocultura de los suburbios de la que veníamos. Felices, acordamos mudarnos dos semanas después.

Steve puso un póster de Bob Dylan sobre la cama y cada noche encendíamos la lámpara de queroseno de mi bisabuela, sintiéndonos afortunados por tener tanto. Todavía éramos niños, y entonces Steve era 100 % romántico. Me decía que éramos parte de una camarilla de poetas y visionarios que bautizó "el

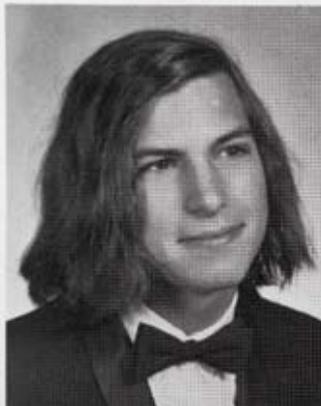
grupo del trigo", y dijo que cuando mirábamos por la ventana juntos, el resto también lo hacía, viendo el mundo entero. Yo no sabía de qué hablaba, pero quería tener esas vistas con todo mi corazón.

La mayoría de las noches yo me iba a la cama y Steve se quedaba escribiendo poesía. Rehacía canciones de Dylan personalizándolas para sí mismo, o para los dos, o para mí. Yo no entendía por qué no era más original escribiendo. Sólo ahora lo veo: era un solitario que no hablaba mucho y creo que usaba las canciones de Dylan para entender su mundo.

Teníamos poco dinero. Una noche, tras derrochar en una cena, descubrimos que teníamos una multa de 25 dólares en el coche. Yo me desesperé, pero a Steve no pareció importarle. Fuimos a Crissy Field, frente al océano, para ver la puesta de sol, y yo empecé a hablar de mis preocupaciones con el dinero. Me echó una mirada larga y exasperada, se rebuscó en los bolsillos y cogió los últimos billetes y monedas que teníamos y los tiró al mar.

La audacia y la pureza del acto triunfaron por encima de todo. Este era el verdadero poeta, no el que reescribía por las noches a Dylan. Con 17 años, Steve tenía la atractiva sofisticación de un poeta *beat*.

Ese verano, Steve, Al (nuestro compañero de piso), Woz (que luego fundaría Apple con Steve), y yo encontramos trabajo haciendo de personajes de *Alicia en el país de las maravillas* en un centro comercial. Nos daban a cada uno 250 dólares por dos días (183 euros), mucho dinero para la época. Yo era Alicia, y los chicos se turnaban para ser el Sombrero y el Conejo Blanco. Entre los tres se cambiaban esas cabezas gigantes que les llegaban a las rodillas. Hacía un calor sofocante y el aire acondicionado no funcionaba. Los chicos apenas aguantaban 10 minutos con el disfraz puesto y debían correr al vestuario a cambiarse las cabezas y beber agua. Verles así era penoso, pero también divertido. Pensándolo ahora, parece extrañamente adecuado: las grandes cabezas y la niña que cae por el agujero presagaban el futuro. A la luz de lo que vino después, y del a menudo despótico imbécil en el que Steve se convertiría, creo que sería bonito empaquetar mis recuerdos como un cuento de hadas, algo suave y brillante que puedes mirar a un paso de distancia... y luego cerrar su bonita portada.



Jobs, con 17 años, en el instituto.

-¿De dónde viene ese toque tuyo de hombre de la calle para la tecnología?"

-¿Hombre de la calle?"

-Sí, ya sabes, la simplicidad del diseño. Entiendes cómo usa la gente la tecnología. ¿De dónde viene eso?"

-Suena como si tuviera estatuas del presidente Mao en mi jardín", dijo riéndose.

-No, lo digo en serio".

-No creo que sea algo tan profundo. La mayor parte de la gente en el mundo de la tecnología no presta atención al diseño. No saben nada de diseño ni les importa".

De repente, vi que se estaba poniendo impaciente, que mi tiempo se acababa.

-¿Te arrepientes de algo en tu vida?", le pregunté.

-Claro".

-¿Por ejemplo?"

-Cosas personales. Cosas que tienen que ver con la familia". Supuse que estaba hablando de Lisa, pero no le presioné.

En este punto, mis notas fallan. No sé qué le pregunté que provocó la respuesta. Pero recuerdo a Jobs echado hacia adelante y mirándome directamente, sus ojos intensos. "Creo que la vida pasa en un instante", dijo mientras chasqueaba los dedos: "Tenemos sólo un breve momento aquí, luego desaparecemos".

Cuando me despedía, me miró largamente a los ojos. No sé lo que significaba eso, pero había una humanidad en él que no había visto antes. Vi que estaba confundido y se sentía vulnerable. Había hecho sacrificios, había cometido errores, tenía remordimientos. Lo que había compartido conmigo no eran los revolucionarios pensamientos de un visionario, sino los de un ser humano normal.

Menos de un año después le diagnosticaron cáncer de páncreas.

NUNCA ESPERÉ LLEGAR A VIEJO. Tenía un interés más allá de lo superficial en el budismo, que enseña que la muerte no es necesariamente el final, que las almas pueden reencarnarse. Aun así, era padre de cuatro hijos y el diagnóstico fue un golpe brutal.

La mayoría de la gente con cáncer de páncreas muere en pocos meses. Pero Jobs tuvo suerte, como era habitual en él. Su cáncer, un raro tumor neuroendocrino, avanzaba más lento de lo normal, proporcionándole más tiempo para buscar tratamiento. En lugar de temer a la muerte, Jobs la usó como una herramienta para aclarar su pensamiento. "Recordar que voy a morir pronto es la herramienta más importante que he podido hallar para tomar las decisiones importantes de la vida", dijo en su discurso en Stanford. "Porque casi todo son expectativas externas, el orgullo, el miedo a la

2001



IPOD De repente, todos los reproductores de mp3 fabricados hasta ese momento no valían ni como pisapapeles. Con su icónico color blanco, pequeño tamaño y gran capacidad, se convirtió en el nuevo estándar de la música portátil.

2005



IPOD SHUFFLE Jobs supo ver que había diferentes tipos de consumidores, con necesidades y presupuestos diversos. Así, expandió la gama de iPod con el Nano o el Shuffle, más pequeños y baratos.

2007



IPHONE Jobs puso su mirada en el mercado de los móviles y los fabricantes de teléfonos se echaron a temblar. Con razón: el iPhone no es sólo un teléfono, es un microordenador con internet, un iPod, una cámara...

vergüenza o al fracaso... ese tipo de cosas se desmoronan a la luz de la muerte, dejando sólo lo que verdaderamente es importante”.

Como siempre, Jobs buscó consuelo en su trabajo. Los dos productos más innovadores y exitosos de Apple -el iPhone y el iPad- fueron lanzados después de su diagnóstico. Ambos eran proyectos arriesgados que fácilmente podían haber fracasado, pero Jobs conservó su perfeccionista disciplina. Vic Gondotra, jefe de aplicaciones móviles de Google, estaba en misa un domingo cuando recibió una llamada de Jobs. “Estaba mirando el logo de Google en el iPhone y no me gusta el icono”, le dijo Jobs: “La segunda ‘o’ de Google no tiene el amarillo adecuado. Voy a hacer que lo cambien mañana. ¿Te parece bien?”. Gondotra lo describe como una lección que nunca olvidará. “Los CEOs [directores ejecutivos] deben preocuparse por los detalles”, dice, “incluso por el tono de un amarillo. Un domingo”.

Según empeoraba, Jobs vio como su vida se empequeñecía aún más. No salía por la noche, nunca aceptaba premios, no daba discursos, no iba a fiestas. Se encerraba en su casa de Palo Alto con su familia, aprendiendo todo lo que podía sobre cómo batir al cáncer. “Sabía más de ello que ningún oncólogo”, señala su viejo amigo Larry Brilliant, médico. Cada vez estaba más delgado, y se tomó unos meses de baja en Apple para un trasplante de hígado.

El año pasado Jobs me llamó sin previo aviso para que le hiciera una entrevista. Quedé sorprendido por lo diferente que sonaba su voz. No sólo es que fuera más suave y débil. Era también más curiosa. Por primera vez, me preguntó por

mis hijos. No sé ni cómo supo que tenía hijos: nunca habíamos hablado de ello. Otros también se dieron cuenta de esos cambios. Ya no parecía tan arrogante, y tenía tiempo y compasión para el sufrimiento de otros. Cuando el hijo de 24 años de Brilliant desarrolló un cáncer fatal, Jobs se convirtió en su “compañero de cáncer”, cuenta Brilliant. Jobs preparó esquemas con los pros y contras de varios doctores para ayudarlo a decidir a quién acudir. Le llamaba todas las semanas, diciéndole “Si yo puedo superarlo, tú también”.

En el lanzamiento del iPad, en enero de 2010, Jobs estuvo acompañado de su familia, incluyendo a su hermana Mona. En el escenario, se le

veía delgado y frágil, pero valiente. Tras la presentación, me acerqué a saludarle, me miró con ojos vidriosos -los ojos lejanos, sin enfoque, de un hombre viejo- y me preguntó qué pensaba del iPad. No estoy seguro de que me reconociera, y claramente le costaba llevar una conversación. La gente de prensa de Apple se lo llevó rápidamente y nunca volví a hablar con él.

La caída de Jobs continuó. Brilliant paraba frecuentemente por su casa. En los días buenos, iban al centro de la ciudad a por un *smoothie* [batido de frutas], lo único que Jobs podía comer. “Nos reíamos mucho”, cuenta Brilliant. “A veces hablábamos de Dios o del más allá, que a Steve le producía mucha curiosidad. Sabía lo que le estaba pasando, era totalmente consciente”. A veces, cuando la charla se ponía intensa, Brilliant -un tipo grande- se tumbaba en la cama al lado de Jobs y le abrazaba. “No le preocupaba el futuro de Apple, sabía que iba a ir bien”, explica Brilliant. “Pensaba en sus hijos. Me dijo: ‘Me gustaría vivir para verles graduarse en el instituto’”.

Cuenta Brilliant que Jobs estuvo cerca de la muerte dos veces este verano: “Llegó a reunir a su familia para despedirse”. Se libró, pero el final estaba claro. Brilliant le vio por última vez dos semanas antes de morir. En su habitación, Jobs tenía dos fotos del gurú que nunca llegó a conocer, Naarem Karoli Baba, y uno de sus libros, *Miracle of love*. Aunque estaba terroríficamente delgado, Brilliant dice que se sentía “silenciosamente optimista” sobre el nuevo tratamiento al que le estaban sometiendo. “Cuando me marché”, señala Brilliant, “no tuve la sensación de que fuera un adiós”.

Jobs murió el miércoles 5 de octubre a las cuatro de la tarde. Estaba en casa, con su familia. Tenía 56 años. Siempre había sabido que no llegaría a viejo. Le gustaba decir a sus íntimos que moriría a los cuarenta y tantos. Como eso no ocurrió, tenía la sensación de que le habían regalado algo extraordinario. Usó esos años extra -“tiempo prestado”,

lo llamaba- para completar el viaje espiritual que empezó de niño en los campos de albaricoques de Silicon Valley. Puede que recordemos a Jobs como el hombre que le dio un toque humano a nuestros aparatos digitales, pero tal vez su mayor -y más complicado- logro fue darle el toque humano a Steve Jobs. rs

“Recordar que voy a morir pronto es la mejor herramienta que he podido encontrar para tomar las decisiones importantes de mi vida”

-Steve Jobs, 2005

2010



IPAD Esta vez, Apple quiso acortar el abismo entre el iPhone, las tabletas y los portátiles, y una vez más consiguió un producto sin igual en el mercado. Y nos rascamos el bolsillo para comprar algo que diez minutos antes no necesitábamos.

2011



IPHONE 4S Presentado en las últimas horas de vida de Steve Jobs, el 4S no es el gran salto adelante que se esperaba, pero incluye mejoras en la cámara y, sobre todo, en el control por voz. ¿Teléfono táctil? No, vocal.

“EL DYLAN DE LAS MÁQUINAS”

BONO, DE U2, ESBOZA UN PERFIL DE SU AMIGO STEVE, EL “INVENTOR DEL SIGLO XXI”

¿Quién inventó el siglo XXI? No fueron los japoneses: fueron unos anárquicos fans del rock californianos con sandalias. Gente cuya mentalidad tomó forma con el rock and roll, y no sólo Steve Jobs, también Paul Allen [cofundador de Microsoft] y otras personas. Una vez le conté esto a Bill Gates y le dije que seguramente él no habría escuchado nunca a Jimi Hendrix. “¿Bromeas?”, protestó Bill: “Estando con Paul Allen lo escuchaba diez horas al día”. Y Steve Jobs es el Bob Dylan de las máquinas, el Elvis de la dialéctica *hardware-software*, una criatura con un pensamiento bastante progresista.

La asociación de U2 con Apple comenzó cuando Steve buscaba la respuesta a una de las cuestiones fundamentales de nuestra era: ¿qué valor tiene el trabajo de un músico? Pensaba que con iTunes se lo pondría más fácil a los que quisieran respetar los derechos de autor. Así que tuvimos la idea de ofrecerle *Vertigo* para un anuncio del iPod; de hecho, le dijimos que queríamos salir en el anuncio. Luego le comentamos que no queríamos que nos pagara, pero que nos gustaría que hubiera un iPod de U2, negro. Su primera reacción fue: “Eso no funcionará. ¡Los iPods son blancos!”. Pero resultó que mucha gente los compró, y no porque fueran de U2, sino porque eran rojos y negros!

Mi trato personal con Steve me demostró que era un pensador clarividente en muchos asuntos y que podía contar con él. Nuestra última conversación tuvo lugar cuando me llamó preocupado por mi salud, lo que dice mucho sobre él. El tipo duro era muy tierno, y me dijo: “No me gusta tu aspecto, pareces agotado”. Le respondí que no, que estaba bien. No me hizo caso. Cuando me lesioné la columna, me llegó un paquete con libros, cd y miel de su jardín... toneladas de cosas que me mandó a casa. Y sí, era un capitán de la industria, un guerrero de su empresa, pero para mí fue un amigo atento y un padre maravillosamente interesado y detallista para sus hijos, y muy amante de su mujer. Tenía dos caras, la del guerrero y la suave y amable. Ya le echo de menos.

(CONTADO A BRIAN HIATT)